

DOMINGO FERNANDEZ Y GONZALEZ

UNICAMENTE á título de presentación, por ser la vez primera que nos cabe la honra de reproducir en nuestra Revista alguna de las bellísimas creaciones de este distinguido pintor, le consagramos las presentes líneas, que ni tienen carácter de crítica ni pretensiones de añadir un solo quilate á su bien cimentada reputación.



Hay artistas sobre los cuales no es necesario llamar la atención del público, porque, dotados de un mérito superior, se imponen desde luego, se revelan en la más insignificante de sus obras.

Tal le sucede á Fernández y González, poco conocido hasta ahora de los barceloneses y á quien ha bastado una pequeña presentación de estudios y bocetos en el Salón Parés, para acreditarse de consumado maestro. ¡Lástima grande que en élla no haya podido figurar ninguno de los cuadros de verdadero empeño con que sus inspirados pinceles han enriquecido el arte nacional y que, según noticias, se disputan

los *amateurs* extranjeros, cotizándolos á precios que asustarían á nuestros capitalistas; pero, como por el hilo se saca el ovillo, en esa modesta exhibición han encontrado reunidas las inteligencias, todas las cualidades y prerrogativas que el genio concede exclusivamente á sus elegidos.

Establecido en Roma desde el año 1887, en que fué allí pensionado por la Diputación provincial de Sevilla, donde vió la luz primera y pasó su juventud consagrándose desde niño al estudio de la pintura, para el que se le reconocían felices disposiciones, puede decirse que Italia es su segunda patria; pues en aquel ambiente saturado de poesía, aromatizado por el recuerdo de tantas y tantas celebridades artísticas, perfeccionó su natural talento y alcanzó envidiables triunfos, de que otros menos modestos se mostrarían legítimamente orgullosos.

El deseo natural de abrazar á la familia y mitigar en su seno la nostalgia de la ausencia, le trae de vez en cuando á su España querida; y á esta circunstancia debemos el placer de haberle tratado ahora, durante su accidental estancia en esta ciudad; placer del que, gracias á la galantería con que el señor Fernández y González ha accedido á nuestras reiteradas instancias, participarán no poco los suscriptores al ALBUM SALÓN, apreciando en todo su valor al mérito indiscutible de los originales que dicho señor se ha servido facilitarnos para ser reproducidos en este número.

Y cuenta que, al igual de lo manifestado antes con referencia al Salón Parés, los que engalanan nuestras páginas no pasan de ligeros estudios ó notas de color, excepción hecha de *El viático*, que figura en la doble página, y de los titulados *La lección de guitarra* y *La partida de ajedrez*, que hemos podido reproducir en negro, merced á las fotografías que conserva el autor.

Aparte de que todos ellos avaloran la firma, los tres citados, — únicos que el señor Fernández y González nos ha permitido calificar de cuadros, — acreditan de un modo evidente la mano experta que los ha trazado y la potencia creadora de la imaginación que los ha concebido.

Activo por temperamento é idólatra del arte, su vida está enteramente consagrada al trabajo; y lo mismo allá, en su taller, que cuando viaja, la paleta y los pinceles son sus inseparables compañeros; tanto, que ha aprovechado muy de veras el poco tiempo que lleva de residen-



LA LECCIÓN DE GUITARRA — Cuadro de DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

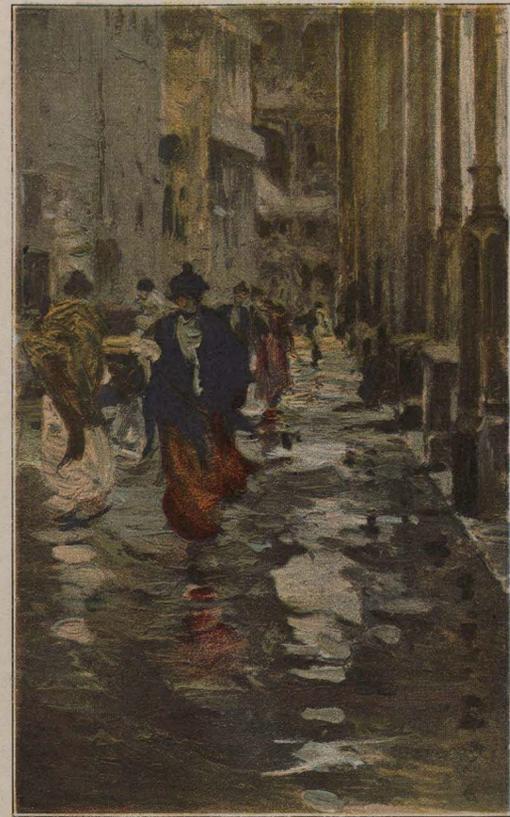
cia entre nosotros, haciendo, por encargo de personas que deseaban adquirir las, algunas copias de los estudios antes citados; tomando apuntes de curiosidades artísticas, entre las muchas que encierra la capital; y trasladando al lienzo varias de las impresiones de color que á cada paso ofrecen los hermosos paisajes de sus alrededores.

A este último número pertenecen las tituladas *Vallcarca* y *El puerto de Barcelona*, que reproducimos también, y en las que, á pesar de la rapidez con que han sido ejecutadas, hay una riqueza de detalles admirable, dentro de una precisión que pudiéramos llamar matemática.

Seguramente, el señor Fernández y González sacará en su día gran partido de esos bocetos, convirtiéndolos en cuadros de verdadera importancia, celebrados como todos los suyos; porque no es de los que se duermen sobre sus laureles, sino, por el contrario, de los que profesan las saludables máximas de que la práctica constante conduce, en materia de arte, á la relativa perfección, y de que cuanto mayor fama adquiere el artista, tanto mayor empeño ha de poner en el trabajo, aunque de él no necesite, para legar al país en que ha nacido y á quien enaltecen los triunfos de sus hijos, un nombre glorioso que aumente el catálogo de sus legítimas glorias.

Cuanto en estos pocos días han tenido la satisfacción de conocer personalmente al señor Fernández y González han quedado prendados de su exquisita finura, de su palabra siempre fácil y exenta de afectación, de su trato afabilísimo, en que no se advierte ni sombra de vanidad; dotado de lo que vulgarmente se llama dón de gentes, se conquistará, de fijo, en todas partes, como en Barcelona, generales simpatías y buenas amistades.

Agradecido el ALBUM SALÓN á las deferentes atenciones que le ha dispensado el señor Fernández y González, faltaría á un deber que considera sagrado, si no le rindiera este público testimonio de consideración y aprecio. Acéptelo cordialmente, como se lo ofrecemos, y reciba al propio tiempo nuestro sincero parabién por el favorable juicio que acerca de su obra han emitido unánimemente los críticos barceloneses y el selecto público que honra con su presencia las manifestaciones artísticas del Salón Parés. El señor Fernández y González dejará en breve la Ciudad de los Condes para, tras una transitoria parada en Madrid, pasar una temporada en Sevilla, al lado de los suyos, y volverse á Roma, en donde tiene su campo de operaciones; deseámosle un feliz viaje y toda suerte de prosperidades en su brillante carrera.



ESTUDIO, de DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

Salón Parés.

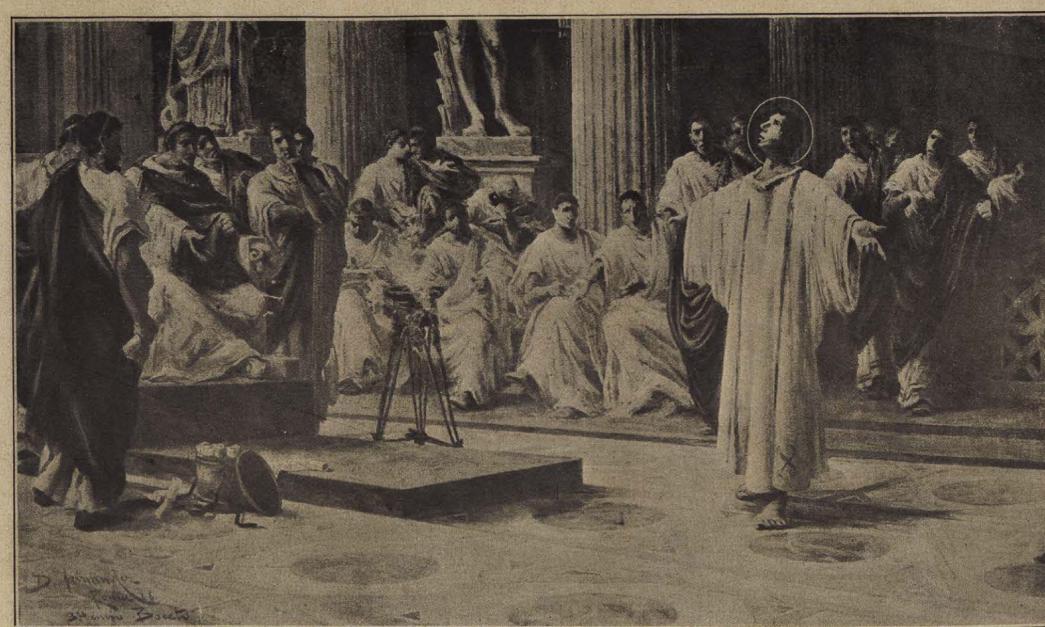


BAPTISTERIO DE SAN MARCOS (VENECIA) — ESTUDIO de DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

Salón Parés.



PUNTA DE TRAGARA — ISLA CAPRI (ITALIA).



SAN LORENZO (Beccafumi).

EL ANGEL DE LA CARIDAD

SANTIAGO Chías se hallaba en su taller, preparada la paleta y los pinceles, impaciente, nervioso, dado á todos los diablos. Su imaginación de artista exageraba las consecuencias que pudiera acarrearle la falta del modelo, en vano esperado durante dos sesiones seguidas.

—Inútil, completamente inútil,—murmuraba.—Seguro que hoy tampoco viene... Todas son lo mismo. . . Sólo la necesidad que de ellas tenemos hace no sean tan aborrecibles como la peste... Habría de estar aquí, según su propia oferta, á las dos en punto y, no tardarán en sonar las cuatro, sin que haya parecido... Van ya veinte las veces que me hace la misma partida... ¡Ah!... si yo encontrara otra que tuviese sus brazos, ¡cómo me las pagaría todas juntas...! Nada; no tengo más remedio que el de echarme á la calle en busca de otro modelo, so pena de perder la paciencia y, lo que es peor, el cuadro...

Chías, para alentarse á sí mismo, comenzó á pintar con verdadero furor. Cuando al cabo de algunos minutos se inclinó hacia atrás para apreciar el efecto de su trabajo, desatóse en improperios contra sí propio.

—Soy un imbécil, un bruto; cualquier pintamonas lo haría mejor... Está visto... Esos brazos no van á salir á mi gusto... ¡Cál... Imposible... Y ella sin venir... Otro día perdido; el cuadro estacionado, y yo sin paciencia para aguantar más...

Arrebatado por la cólera, arrojó paleta y pinceles al otro extremo del taller, diciendo:

—¡Dios de Dios! ¿A que resulta que hoy tampoco viene...? En aquel instante, un campanillazo que oyó en la puerta, calmó su furor. Precipitose sobre sus pinceles y paleta que volvió á empuñar, gritando, desde el fondo del taller:

—Adelante; empuje la puerta... Se abrió la de entrada, apareciendo en ella la silueta, silenciosa y fría, de una hermanita de la caridad.

—Usted dispense, caballero,—profririó dulcemente.

—¿Qué se le ofrece?

—Una limosna para los huerfanitos pobres del Asilo.

El pintor quedó estupefacto, verdaderamente asombrado; dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo y, mirando con sarcasmo á la joven religiosa, repuso:

—¿Qué? ¿Qué ha dicho usted?

—Pido limosna para los huerfanitos...

—¡Bah! Déjeme usted de huerfanos, hermana; he de acabar mi trabajo y viene en un momento en el que yo también estoy abandonado, huerfano de esa modelito Adela, que el diablo cargue...



LA PARTIDA DE AJEDREZ — Cuadro de DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

—Un segundo, nada importa, caballero. Deme usted algo, por poco que sea y me voy,—contestó la monjita, sin desconcertarse por el enojo del artista.

—¡Limosna...! Limosna me pide usted, cuando no tengo ni un perro chico... Como no lleve á esos huerfanos algún tubo de pintura ó de laca...

—Tal vez no recuerda eso,—replicó con igual tranquilidad la religiosa, señalando con la vista dos monedas de cinco pesetas, que había sobre un velador.—Pero yo no pido tanto... No, señor; no...

—¡Ah!; eso es el jornal de Adela, la modelo que espero; por tanto, no puedo desprenderme de ellos... Digo... á menos que usted pudiera reemplazarla...

La hermanita bajó los ojos y preguntó:

—¿Qué se ha de hacer para ganar...

—Casi nada; tener los brazos desnudos y colocarlos hacia adelante, con las manos juntas, en actitud suplicante. Si quiere probarlo... Es asunto de media hora escasa...

El pintor, en tanto, interrogaba con la vista á la joven entre esparanzado, sospechoso y lleno de ansiedad.

—¿Y me dará usted por ello?...

—Esas diez pesetas... Es decir, el jornal de Adela; pero la advierto que tiene unos brazos... Si usted los tuviera por el estilo...

La hermanita de los pobres, rápidamente y en voz muy baja, repuso:

—Durante el día de hoy, que toca á su fin, no he podido recoger nada. Ya se ve; nos hallamos en pleno verano y las personas caritativas están en el campo... Sin embargo, precisa alimentar, vestir y cuidar á los pequeñuelos... Por ellos, pues, voy á probar...

—¿De veras?—interrumpió el pintor con alegría infantil.—Pues nada, mientras yo arreglo mi paleta, puede usted prepararse ahí, detrás de ese biombo...

En medio del silencio sepulcral que sucedió á las últimas palabras del artista, oíase el ruido de las ropas y, al ser llamada la hermanita, presentose tranquila, con el heroísmo propio de los mártires; las anchas mangas levantadas hasta los hombros, los brazos desnudos y las manos juntas. El pintor, silencioso y conmovido, la colocó, poniéndose á trabajar en seguida. Media hora escasa después, dando los últimos toques, satisfecho el artista, dijo:

—Ha sido usted mi providencia... Jamás he visto brazos tan hermosos, tan finos y tan blancos. El codo es soberbio, la muñeca ideal y la mano... ¡oh, qué Magdalena voy á sacar, gracias á usted! . . .

La hermanita recibió las diez pesetas en pago de su trabajo, diciendo, al par que se alejaba, silenciosa y fría:

—Gracias, en nombre de los huerfanitos pobres, caballero... que Dios se lo pague...

R. B. GIRÓN